

MANUEL ZAPATA OLIVELLA, *Nuestra voz: aportes del habla popular latinoamericana al idioma español*, Bogotá, Ecoe, 1987, 114 págs.

Obra condensada y ambiciosa como el trabajo y las perspectivas de su autor, quien no ha ahorrado esfuerzos para sumergirse en el océano legendario de su cultura con visión panafricanista y darnos, de vuelta, unos matices sorprendentes y muy bien cimentados de los frutos de su constante empeño investigativo.

Hombre de letras — y de acciones —, Zapata Olivella nos entrega en estas páginas la simbiosis perfecta del literato y del lingüista. Porque eso es él, no nos dé miedo ni envidia decirlo, un escritor que sabe que la literatura no debe andar a la caza de imágenes exóticas — pretendidamente vírgenes — mientras que la lingüística se queda en pobres y enclenques formulaciones de escritorío. Ambas, poesía y lingüística, son para Manuel una misma cosa, un arte de investigar y desentrañar los misterios de la simbolización, desde el fondo mismo de la raza y de la cultura, con criterios etnográfico y sociológico; porque sabe que es allí, en el espíritu popular, en el seno de las comunidades sustráticas, donde se gestan las variantes innovadoras que enriquecen los idiomas; porque son las gentes del común, los explotados y alienados económicamente, quienes con su capacidad de verbalización — demostrada recientemente por William Labov y otros —, al paso que se vengan de su condición estableciendo variedades aislantes de comunicación, enriquecen el idioma con sus materializaciones, dándoles nuevos significados a los constructos fonosemantácticos, avances que los cultistas tomarán — quiéranlo o no — siglos después, y los harán “obligatorios” para el buen decir, empacándolos en píldoras académicas.

Esta magnífica obra encierra los planteamientos lingüísticos más avanzados en materia de concepción idiomática, porque se nutre con criterios interdisciplinarios que han sido minuciosamente investigados y consultados por el autor, los mismos que ahora rigen los destinos de la ciencia del lenguaje. En una forma sencilla, clara y magistral, han sido tenidas en cuenta las teorías de Saussure, enriquecidas por Charles Bally; los postulados de Sapir y Worf, acerca de las comunidades primitivas; las formulaciones de Bloomfield, Harris y Chomsky; la sociosemiótica de Greimas, Courtés, Barthes, Lacan y Foucault; las aproximaciones hispanísticas de Coseriu, Amado Alonso y Menéndez Pidal; los aportes sicosociológicos de Levi-Straus, Freud y Jung; la corriente americanista de Bello, Cuervo y Luis Flórez; así como también el concepto sociocomunicativo de Hymes, Ferguson y Labov, para no mencionar las 128 citas bibliográficas que aparecen al final de la obra, muchas de ellas cuidadosamente comprobadas. Todo lo anterior, desarrollado de una manera cuidadosa, sin pretensiones ni

ostentación, pero con una objetividad bastante bien lograda, con riqueza de detalles y selección asombrosa, pues en la presentación de sólo un centenar de páginas, se hallan desarrolladas varias tesis acerca de la participación de las culturas afroamericanas en la conformación del español americano y hasta del español peninsular.

El libro está dividido en cuatro partes, precedidas por una introducción, de las que me ocuparé inmediatamente, así:

Introducción.— Sólo cinco páginas, con un epígrafe (pág. 7) de Borges que dice: "Un idioma es una tradición, un modo de sentir la realidad, no un arbitrario repertorio de símbolos" (*El oro de los tigres*), cuya lectura, una vez tendido el libro, hizo que inmediatamente aceptara el encargo de su presentación, porque este **p a n t e x t o** encierra la ideología de la obra, corroborada línea a línea luego de una lectura lingüística.

"Nuestro español no ha sido el proceso consciente de los hablantes", leemos en la página diez. Aseveración acorde con el epígrafe, pero, más aún, estamos enteramente de acuerdo. Por eso casi siempre fracasamos los profesores de lengua materna al tratar de enseñar la lengua estándar al que sabe más que nosotros de idioma, atacando el consciente de nuestros alumnos con fórmulas anodinas, mientras él tiene su inconsciente cargado de experiencias reales y vivencias de sus propias situaciones comunicativas. Ahora bien, me refiero a estas cosas porque considero este libro expedito y de lectura obligada para profesores de español y de lingüística.

Primera parte.— Se compone de quince capítulos con sus respectivos títulos, que he denominado, para simplificar, "El superestrato español y las lenguas caribes". Cómo se había formado el castellano preclásico, las influencias multiculturales y el choque sufrido al entrar en contacto con las lenguas caribes, especialmente el arawak, y lo que esto representó como retroalimentación perlocucionaria en el proceso de enriquecimiento del español americano, y, naturalmente, sobre el español peninsular. "No caigamos [dice el autor] en el error de considerar solo el aspecto puramente idiomático. [...] afloraban [también] afanes sociales, económicos, políticos [y...] amorosos" (pág. 21), a través de los cuales el pueblo participará activamente en la conformación del habla que enriquece la lengua. La literatura oral, especialmente mantenida por la raza negra, ayudó a conservar en repertorio castellano preclásico, y luego, al lado de los negros, la clase popular compuesta además por mulatos, cholos, indios, mestizos —y nosotros— bajo el imperio de condiciones socioeconómicas semejantes.

La resemantización de los vocablos con diferentes connotaciones en los distintos países tiene origen en el sustrato indígena que sirvió de base para la criollización del español, así como también el arawak constituyó la base unificadora. Por esto, las costas han logrado relativa

uniformidad, mientras que los Andes, poblados por colonos más recientes, dieron paso a la ola cultista del siglo XVIII, apoyados por el academicismo español (la Real Academia Española fue creada en 1714).

Así, los centenares de lenguas indígenas y africanas se sumergieron bajo el superestrato español de que "Cuanto haya en América y se diga en ella será expresado en el idioma del descubridor" (pág. 32). Aunque, si bien es cierto que quien nombra posee, la referencia imprime, a su vez, su marca sobre el nombre, lo que hizo que lo americano — aunque nombrado en castellano — tuviera su propia identidad.

Segunda parte.— Ocho títulos constituyen lo que he denominado "El superestrato español y las lenguas indígenas continentales". Adéntrase el doctor Zapata Olivella en las antiquísimas culturas maya y azteca, para demostrar cómo a partir de un elemento íntegramente lexicográfico, Cortés y "sus muchachos" deciden quedarse para hallar lo que debajo de un idioma estructurado podría haber en oro y demás especies similares.

Encara, asimismo, el hecho de la existencia de los mitos en el *Popol-vuh*, y en libros de *Chilam Balam*, pero dice que son "textos más o menos adulterados" (pág. 42), lo cual recojo, no como crítica al libro que presentamos, sino como explicación adicional, de tal suerte que el adulteramiento proviene del complejo cultural euroasiático — judeocristiano, principalmente — por el afán de demostrar la veredicción de los mitos del conquistador. Y agrega el autor, más adelante, citando a Alfonso Reyes, que los dominadores obraban "sustituyendo los temas gentiles con temas de utilidad religiosa" (pág. 43), lo cual prueba nuestra aseveración.

A pesar de la adulteración de los mitos, los sustratos indígenas, gracias a la pervivencia en los mismos lugares de origen, lograron influir notablemente en el léxico y en la curva melódica del superestrato español; cosa que no ocurrió en otras regiones, distintas de Centroamérica, donde los indígenas fueron desalojados de sus tierras, y prevaleció entonces el superestrato del conquistador.

El hecho del presunto cultismo de los Andes septentrionales se debe, como ya se dijo, a la naturaleza de los conquistadores y a la poca consistencia de las culturas indígenas que los poblaban; pero, dice el autor que no hay tal "castellano castizo y arcaizante", así como tampoco "la libertad expresiva y neologizante de Buenos Aires" (pág. 57).

Tercera parte.— Conformada por once títulos podríamos llamarla "El aporte negro y el araucano-guaraní". Capítulo donde mejor se manifiesta la conciencia socioantropológica del autor frente al problema de la trata de esclavos. Estos factores no fueron considerados como determinantes en la vida de las lenguas ni por el estructuralismo ni por el generativismo, porque los elementos sicoafectivos eran soslaya-

dos por la lingüística tradicional, como supuestamente acientíficos; pero hoy sabemos que la magnitud de la humillación determina la realidad y las posibilidades de influencia de cualquier sustrato lingüístico. El aporte de una lengua dominada es inversamente proporcional al grado de sumisión al que haya sido sometida la cultura que la habla, y directamente proporcional al desarrollo socioeconómico que presente la estructura política de tal comunidad.

El negro, desde su conciencia de raza, su etnia, le da un toque de africanidad al español americano, que no era el primero —agregó—, pues ya España lo había adquirido bajo ocho siglos de afroanализación. El llamado andalucismo está teñido de este ambiente, por esta cosmovisión.

El elemento negro no corrió igual suerte en todo el continente. Donde hubo rebeliones y palenques se desarrolló un habla cimarrona, una lengua más particular; donde predominó la esclavitud, la influencia se limitó a la tradición oral; y donde el negro gozó de una mayor autonomía sin aislarse del elemento criollo —como en Argentina, donde persistieron hasta hace poco los cabildos negros—, su influencia se extiende al campo de las manifestaciones musicales del blanco, como en el caso del tango. Mientras en literatura el negro ha sido tomado como elemento referencial y actorial por escritores como Carpentier, Faulkner y el mismo autor, en lingüística ha sido el peldaño —casi el bastión— de trabajo para William Labov, Germán de Grandá y muchos otros.

Cuarta parte.— Seis títulos que podemos llamar “NUESTRA VOZ, origen del realismo mágico”. Esta parte es el fruto de la inquietud investigadora del autor, su trasegar por los campos en busca de la tradición oral, del contacto con las gentes. La aclimatación de los mitos foráneos, mezclados en el cronotopo americano y con la riqueza imaginativa del negro, es lo que origina el famoso y manoseado realismo mágico, visto por ojos acostumbrados al frío cálculo de las máquinas.

“Alienado por el increíble desarrollo de la técnica, el lenguaje popular americano se debate por ajustar sus ideas al mundo cambiante de la sociedad moderna” (pág. 97). Pero no es sólo la técnica, sino lo que ella representa como directriz de valores y marca de ideología y de alienación.

LUIS JOSÉ VILLARREAL VÁZQUEZ

Instituto Caro y Cuervo.